

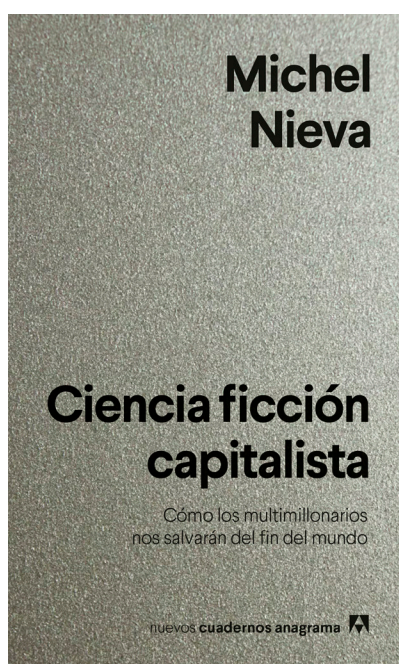


© Fernando Castellano-Banuls

Ciencia ficción capitalista: cómo Michel Nieva nos salvará del fin del mundo

FERNANDO CASTELLANO-BANULS

University of Glasgow / Prifysgol Aberystwyth University



Michel Nieva

Ciencia ficción capitalista: cómo los multimillonarios nos salvarán del fin del mundo
Barcelona: Anagrama, 2024

133 pp.

En una viñeta de Ellis Rosen, publicada recientemente en *The New Yorker*, en la que el típico tecnomillonario está siendo entrevistado, este declara: «Philip K. Dick. Ray Bradbury... Como muchos otros trabajando en empresas tecnológicas, mi inspiración viene de malinterpretar por completo a estos autores»¹. Se podría decir que *Ciencia ficción capitalista*, de Michel Nieva, denuncia y disecciona precisamente esta situación: cómo los multimillonarios del capitalismo tecnológico se apropian del lenguaje de la ciencia ficción

¹ «Philip K. Dick. Ray Bradbury. Like so many others in tech, I draw inspiration from completely misunderstanding those authors», *The New Yorker*, 7-14 julio 2025, p. 31. Traducción propia.

(cf) para perpetuar prácticas corporativas cuyo impacto medioambiental, nótese el sarcasmo, nos salvará del fin del mundo. Michel Nieva, escritor argentino y estudiante predoctoral en la New York University (NYU), trata de hacer «una crítica política a la estetización de la acumulación capitalista mediante la tecnología» (115), cuestionando lo que el autor considera una tendencia preocupante, o quizás un aspecto fundacional del género de la ciencia ficción: sus convergencias con el capitalismo tecnológico. Con un estilo irónico y en ocasiones absurdo, Nieva introduce el concepto de «ciencia ficción capitalista» (CFC), documenta sus precedentes históricos y propone alternativas a este fenómeno tan literario como social. Aunque lo hace con éxito relativo y no sin margen de mejora, el autor escribe un ensayo útil para (re)pensar la literatura de cf, útil tanto para académicos como para lectores interesados en este género.

En el primer capítulo, Nieva introduce las convergencias entre la cf y las empresas tecnológicas contemporáneas, haciéndose valer de algunos ejemplos: desde la inspiración que muchos gurús tecnológicos encontraron en la novela *Snow Crash* (1992), de Neal Stephenson, que inspiró tecnologías actuales como las criptomonedas; hasta la elección del mismo diseñador de vestuario de películas como *Interstellar* o la saga *Avengers* para diseñar los trajes espaciales de las misiones de Space X, la empresa aeroespacial de Elon Musk. El autor explica en el segundo capítulo que estos ejemplos demuestran cómo el capitalismo tecnológico se apropia del lenguaje de la ciencia ficción. Este capítulo contiene las ideas más relevantes del ensayo. Aquí, se describe la ciencia ficción capitalista como «la fantástica narración de una humanidad sin mundo [...] que permite al *establishment* corporativo aferrarse a la capacidad hegemónica de pensar

futuros cuando ha sepultado a las sociedades en la incapacidad de proyectar futuros propios» (22). Nieva se apoya en el concepto desarrollado por Mark Fisher de realismo capitalista, esto es, la incapacidad de imaginar alternativas al capitalismo, para explicar cómo las empresas tecnológicas hacen uso de la cf para, imaginando futuros utópicos e hiperfuturistas, enmendar las catastróficas consecuencias que el propio sistema genera. En otras palabras, la CFC es el género al servicio del capitalismo, que lo usa para fabricar remedios a sus propios problemas, inhibiendo así nuestra capacidad de imaginar futuros alternativos. Nieva afirma que la disociación entre las tecnologías utópicas que «nos salvarán del fin del mundo» y las contaminantes y precarias condiciones de trabajo de las que depende (particularmente en el Sur Global) ocupa un lugar central en el lenguaje colonialista de la CFC. Este discurso colonialista se extiende también a otros planetas, habiendo puesto en marcha planes para habilitar la colonización de Marte, así como la minería extraterrestre, el turismo intergaláctico..., proyectos más o menos realizables que, supuestamente, liberarán a la humanidad. En estos dos capítulos encontramos el gran acierto de Nieva: denunciar la contradicción entre las prácticas destructivas y el discurso utópico del capitalismo tecnológico, y previendo como profundizarán, sin resolverlos, los problemas de la humanidad.

En el capítulo tres Nieva ofrece una aproximación histórica de la CFC, remontándose a los orígenes del género. Explica cómo Jules Verne, H.G. Wells, Isaac Asimov, Arthur C. Clarke y Hugo Gernsback, pusieron su literatura al servicio de progresos científicos y capitalistas, haciéndose valer de distintos títulos y citas. Se ofrecen varios ejemplos sobre cómo escritores de cf han estimulado algunos avances tecnológicos, como la creación de los brazos

robóticos, los satélites o empresas tecnológicas como Microsoft. Para Nieva, el aspecto especulativo de la cf se traduce a menudo en beneficios financieros, y pone la literatura al servicio del capitalismo.

El capítulo cuatro se refiere a cómo el patriarcado blanco funciona como buen caldo de cultivo para la CFC: «Todos los voceros de la CFC tienen algo en común [...] [son] hombres gringos y blancos» (61). Citando a Joanna Zylinksa, explica cómo las narraciones apocalípticas son a menudo fantasías patriarcales: espejos en los que los hombres blancos se proyectan como salvadores de la humanidad, encarnados en el personaje de Terminator encarnado por Arnold Schwarzenegger. Nieva critica aquí el término «Antropoceno», y propone en su lugar el término «capitaloceno» o «androceno», con el objetivo de desplazar la responsabilidad de esta nueva era geológica de los humanos al capital o a los varones, respectivamente. Además, se cuestiona aquí cómo los magnates blancos usan el calentamiento global para desarrollar empresas lucrativas, así como el tipo de negocios *respetuosos* con el medioambiente: propuestas para solucionar la crisis climática que serían ineficientes, contaminantes y de consecuencias impredecibles, de la mano con las contradicciones de la CFC.

En el capítulo cinco, Nieva se acerca al antónimo de la CFC, la «ciencia ficción comunista o socialismo interplanetario», la idea de que las alternativas al capitalismo habrán de venir de civilizaciones extraterrestres.

Nieva invoca el mítico encuentro entre H.G. Wells y Vladimir Lenin, en el que el segundo expresó un profundo interés en conocer sociedades alienígenas que, siguiendo las doctrinas del marxismo, ya serían comunistas. Esta anécdota le sirve a Nieva para explorar las conexiones entre el socialismo y la ufología, refiriéndose a la Cuarta Internacional Posadista (el posadismo fue una organización trotskista argentina, conocida por relacionar tesis de la ufología con el socialismo) y a su líder Homero Rómulo Cristali (más conocido como J. Posadas), y a trabajos como los que *Men in Red* desarrollaron en *Ufologia radicale* (1999), «una lucha contra la exportación del fascismo y el capitalismo al espacio, y contra el monopolio capitalista de las relaciones interplanetarias» (89). Aunque el propio Nieva califica algunas de estas propuestas como disparatadas y delirantes, también argumenta que creer en sociedades alienígenas tal vez sea menos ingenuo que creer que los multimillonarios salvarán a la humanidad. Además, explica que las catastróficas consecuencias del capitalismo solo pueden abordarse con un cambio drástico de nuestras creencias, al cual iniciativas como la *Ufologia radicale*, o el posadismo podrían contribuir.

En el último capítulo (excluyendo el epílogo, una divertida anécdota metanarrativa² que, sin embargo, añade poco al ideario general del ensayo), el autor continúa criticado a la CFC, cuestionando su monopolio de la especulación en lo referente al colonialismo (espacial). Nieva propone en este asunto un

² En el epílogo, el autor cuenta que mientras escribía este ensayo, Space X se puso en contacto con él para pedirle que escribiera un cuento que mandarían a la Luna, encriptado en una memoria 5D junto con una curaduría de arte, literatura y música. Nieva resume el cuento que escribió, después de unas cuantas divagaciones sobre la ciencia ficción y literatura: «Criptolombrices», en el que los descendientes de Musk en las colonias marcianas se enfrentan a una epidemia de lombrices que causan unas muertes muy gráficas y desagradables. Los exolingüistas tratan de descifrar el mensaje que las lombrices forman en el suelo después de hacer explotar el estómago de los humanos. El cuento acaba con el mensaje descifrado, que resultar ser: «Fuck you, Elon Musk». Un final adecuado para un ensayo en el que el humor y la ironía tienen una fuerte presencia.

«devenir indígena» (97), argumentando que las sociedades indígenas actuales son las únicas supervivientes de las desgracias apocalípticas que el capitalismo y el colonialismo acarrearán, y por tanto sus filosofías y experiencias podrían servir como alternativa a la CFC. Apoyándose mayormente en la filosofía de los yanomamis, Nieva explica que la sustancial diferencia entre las cosmovisiones de los amerindios y la CFC es que los primeros entienden la Tierra como un ente vivo e irremplazable, mientras que los segundos la entienden como un recurso que puede y debe explotarse. Este argumento se extiende al espacio exterior: Nieva argumenta que deberíamos adoptar la misma filosofía de las comunidades indígenas para evitar desastres potencialmente fatales como la contaminación biológica, un problema actual en la exploración espacial para el cual tenemos pocas medidas de contención, o ninguna. Nieva concluye que adoptar una perspectiva indígena hacia los objetos espaciales, incluida la Tierra, sí podría salvar a la humanidad.

Este ensayo corto de Nieva acierta en señalar cómo las empresas tecnológicas (mal) interpretan el lenguaje de la cf, y restringen visiones alternativas del futuro. La primera mitad del ensayo proporciona argumentos sólidos y relevantes que describe esta tendencia cada vez más hegemónica: la convergencia entre escritores (mayoritariamente blancos y varones) de ciencia ficción, y el capitalismo tecnológico, así como las implicaciones que esta relación tiene en asuntos presentes y futuros como el turismo espacial o la crisis climática. En ese sentido, el trabajo de Nieva es bienvenido y

necesario; no solo para señalar la relevancia del género al dar forma a cosmovisiones presentes y futuras, sino en encontrar alternativas a las propuestas de ciertos gurús tecnológicos. Aunque Nieva carece del rigor de un ensayo académico³, eso no le impide procurar argumentos valiosos en relación con la literatura, el capitalismo y la tecnología, así como su revisión histórica. En concreto, la acuñación de la CFC, sus precedentes y su conexión con el colonialismo (espacial) y la crisis climática. Esa es sin duda la parte más consistente del ensayo, ya que permitirá a los lectores (re)pensar la cf y su relevancia en cuestiones sociales contemporáneas.

Los capítulos cinco y seis, sin embargo, muestran algunas deficiencias al presentar alternativas a la CFC. En el capítulo cinco, la *Ufología radical* y el posadismo constituyen contrapartes débiles frente a la hegemonía de la CFC; especialmente al pasar por alto la larga tradición de ciencia ficción socialista. En el capítulo seis, aunque las referencias a las cosmovisiones indígenas es una mención sugestiva, Nieva ignora el potencial de movimientos como el afrofuturismo o los futurismos indígenas para decolonizar y desestabilizar la CFC. Ciertamente existe una gran cantidad de hombres blancos escribiendo una cf servil al capitalismo tecnológico, y Nieva acierta en señalar esa convergencia. Sin embargo, también existen otras personas como Iain M. Banks, Ursula K Le Guin, Nnedi Okorafor, Rebecca Roanhorse, Miguel Esquirol, Guillem López, Luis Carlos Barragán, entre otras muchas, que escriben una cf opuesta a la CFC.

³ Por ejemplo: «Muchos científicos consideran que la geoingeniería solar [...] desataría consecuencias calamitosas e impredecibles» (73), sin mencionar a qué científicos se refiere, ni proporcionar información sobre sus fuentes. Otro ejemplo: usar la novela de Kim Stanley Robinson *The Ministry for the Future* (2020) como referencia para sostener que «se estima que la economía mundial consume alrededor de cuarenta gigatoneladas de carbón fósil por año, y que consumir cuatrocientas gigatoneladas más (desde el año 2022) volvería el cambio climático catastrófico e irreversible» (31). Si bien la novela mencionada se conoce por su precisión científica, sin duda existe bibliografía científica más adecuada para sostener tales afirmaciones.

Quizás habría sido más efectivo prestar más atención al trabajo de escritores de cf socialista o indígena, que exploran otras epistemologías, cosmovisiones y futuros, en lugar de centrarse en las delirantes y disparatadas (en palabras del propio autor) historias que se presentan como alternativas.

Pese a sus carencias académicas y sus ligeramente decepcionantes soluciones, Nieva firma un ensayo estimulante, muy bienvenido en el campo de los estudios de ciencia ficción en español. Aunque sin duda

más dirigido a un público no académico, la acuñación del término de «ciencia ficción capitalista» puede ser útil para (re)pensar el género y responder críticamente a asuntos que desbordan las páginas. Cualquier persona lo encontrará sugerente en ese sentido. Y quizá lo más importante: los lectores apreciarán en Nieva cómo la literatura sirve como combustible ideológico en discursos y prácticas, especialmente en la intersección entre tecnología, poder y textos literarios.